



G. Staal

Imp. P. Hardier, cité, St. Louis, Paris

W. H. Mote

## MARIA TERESA DE AUSTRIA

No se ocultaba á la penetracion de María Teresa cuán indispensable es á la historia la poesia. ¿Quién recordara, en efecto, la guerra de Troya á no ser por Homero? ¿Qué fuera de la gloria de Augusto sin Horacio y sin Virgilio? ¿Quedara recuerdo de Leon X si la poesia de Rafael no le immortalizase? A la verdad que no se diera importancia alguna al paso del Rin por Luis XIV, sin los versos de Boileau; lo cual prueba que la poesia, aun tan prosáica como la de Boileau, tiene mas voz que la historia. Por eso María Teresa lo que mas estimaba en la herencia de su padre era á Metastasio, poeta que habiendo comenzado su vida en la pobreza, y corrido las calles de Roma improvisando versos para ganar á un tiempo el pan cotidiano y el laurel del Taso, no podía menos de comprender simpáticamente á la jóven Emperatriz sin imperio. Y sin embargo engañóse María Teresa en su entusiasmo por un poeta que, incapaz de la corona de los inspirados vates, fué completamente inútil á la fama de su ilustre protectora. Quizás si la imagen de María Teresa brilla hoy menos que otra en la galería de las mas célebres Soberanas, consista en que Me-



tastasio á su vez está muy lejos de ser comparable á Taso ó á Shakespeare.

¿Qué vida, sin embargo, qué carácter mas poéticamente guerrero que el de aquella Princesa nacida para reinar, y que desde sus primeros años lucha con la Europa entera, para conquistar el trono que le pertenece y se le disputa?

A la muerte de su padre dijérase que el cielo la abandonaba, viendo que hasta sus propios hijos le faltaban. En vano á fuerza de amor quiso infundirle la grandeza de su alma á su esposo: Francisco, Duque de Lorena, era un hombre que nunca supo elevarse á mas altura que la de un buen marido; y que reconociéndolo solia decir cándidamente: « La corte » se compone de la Emperatriz y de mis hijos: yo no soy aquí mas que » un simple particular. »

Tres *Carnavales* fueron los célebres durante el siglo XVIII: el de Venecia, el de Viena, y el del Palais-Royal de París: mas el último vióse por los filósofos desnaturalizado, mientras que el primero pecaba ya de viejo, por manera que el verdadero carnaval, donde habia que ir á buscarlo era en Viena, en las alamedas del *Prater*, en los cantos y danzas de los amenos *Ridotos* (1) de las márgenes del Danubio, y hasta en el palacio de los Césares, donde el amor, innovando audaz las costumbres bajo el tierno disfraz de un sentimentalismo que mas tarde habia de ser el matador de Werther, tenia establecida una alegre cátedra de igualdad social.

Ya entonces, como de una época mas reciente nos lo dice Mme Staël, « No querian los Soberanos ser considerados en los placeres mas que » como simples particulares, reservando el uso de sus derechos solo para » cuando sus obligaciones desempeñaban. »

(1) El *Prater* es un paseo célebre de Viena, el clásico, por decirlo así, de aquella capital, como en Londres Hyde-Park, en París el Bois de Boulogne, en Madrid el Prado ó el Retiro, etc., etc. Con respecto á los *Ridotos*, que los Franceses llaman *Redoutes* como su italiano nombre lo está diciendo, son jardines públicos, de mas ó menos, pero siempre de reducida extension donde las gentes del pueblo, y las que se pretenden mas altas muchas veces, se reúnen á solazarse con el canto y el baile, amen de mas nutritivas ó mas excitantes diversiones. En Alemania la afición á la música y su cultivo son universales: todo el mundo canta, y no es para el extrangero lo menos curioso del viage, oír los magníficos coros que en los dias festivos improvisan los trabajadores y aun los labradores en los *Ridotos*, á donde acuden á olvidar algunas horas, cuánto sudor de su rostro les cuesta el escaso pan que con él ganan.

(N. del T.)

A partir de Fernando III los Césares Germánicos, sin perjuicio de procurar siempre la realizacion de la ambiciosa divisa de las cinco vocales A. E. I. O. U. « *Austriæ est imperare orbi universo* (Al Austria el imperio del mundo entero), » mostráronse codiciosos además de aparecer tan doctos latinos como los profesores de sus universidades, mas diestros en los anagramas que su propio laureado poeta, y sobre todo superiores en el arte músico á sus maestros de capilla. Leopoldo I<sup>o</sup> quiso morir escuchando una cancion, cuyas notas eran suyas; José I<sup>o</sup> era muy docto en el contrapunto; y Carlos VI, en fin, padre de María Teresa, fué en sus tiempos el mayor melómano del universo, llegando á tal punto su pasión, mas efectiva que platónica, que con frecuencia dejaba el consejo áulico, para acudir al clave á corregir ó terminar las partituras de sus operas, cantadas luego en las grandes solemnidades por los Mariscales, los Gentiles-hombres de Cámara, y tal vez por los Príncipes y Princesas de la imperial familia misma. En ocasion del nacimiento de uno de sus hijos representóse en la corte un drama lírico titulado *Don Apostolo*, escrito por el libretista veneciano, Zeno, y puesto en música por la Sacra Cesárea Real Magestad en persona. El Emperador dirigia la orquesta, cuyos instrumentistas eran, como de razon, los mas altos personajes de la corte; y en la escena la jóven María Teresa, cantaba con gentil desembarazo, y artísticamente depuesta la magestad, un papel mitológico de *prima Donna*. Tal vez fué entonces y en el momento en que ardientes aplausos exaltaban el triunfo del coronado Maestro, cuando dejándose arrebatar por el entusiasmo Fux, el viejo maestro de capilla antecesor de Hoffman, exclamó con increíble sencillez: — « ¡Qué lástima que Vuestra Magestad no sea Maestro de capilla! — Gracias, amigo Fux, le replicó el » Emperador; pero tengo que resignarme con mi suerte! »

¿Porqué no se atuvo siempre María Teresa á los fáciles goces de su juventud? ¡Cuántas veces la augusta actriz debió suspirar bajo el peso de la púrpura y el armiño de su manto imperial, por el ligero fantástico trage pagano que tan alegremente habia llevado! — Como mas tarde su hija, María Antonieta de Francia, quiso olvidar que era Reina representando en cierta ópera cómica de Sedaine el papel de labradora, complaciase María Teresa en retroceder con la imaginacion y resucitar en ella



aquellos felices años en que dejándose llevar por la corriente de la vida, curábase solo del ex-partito que le tocaba en suerte y de su casto amor á Francisco de Lorena, sin mas preocupacion que la de algunos dorados ensueños en que solian aparecérselle las magestuosas sombras de Isabel y de Blanca de Castilla.

La música, en la juventud su amiga, fué para ella en la edad madura un consuelo. ¡ Cuánto se deleitaba asistiendo á las lecciones en que Mancini enseñaba á sus hijas María Isabel y María Beatriz, las deliciosas cantatas de Pórpura ! ¡ Cómo se interesaba en los últimos cantos de la Faustina, á quien casi conoció al aparecer en la escena ! ¡ Cómo olvidaba, instantáneamente al menos, con el encanto de la armonía su pesada ordinaria tarea de guerras que dirigir, y tratados que hacer !

En 1672, Leopoldo Mozart, antes músico servidor del Conde de Thun, llegó á Viena con sus dos hijos, de los cuales el menor, era el predestinado inmortal autor del *Don Juan*, entonces niño de seis años de edad. Ya sin embargo su precoz talento en la música le hacia célebre : en las puertas de la ciudad tocando un minuet ablandaba las emperdenidas entrañas de los aduaneros ; y la corte quiso tambien admirar sus prodigios. Francisco 1º, en efecto, se digna salir al encuentro hasta su antecámara al niño extraordinario, y le lleva de la mano á la Emperatriz, quien á su vez le toma en brazos, sin que Wolfgang Mozart muestre ni cortedad ni asombro. Al bajar de los brazos de la Emperatriz deslízose el artista miniatura y cayó al suelo ; María Antonieta corre á levantarle y besarle al hacerlo cariñosamente. — « Gracias, Señora, dice el niño : sois muy buena y quisiera casarme con vos — ¡ Casarte con ella ! exclama la Emperatriz riéndose. ¿ Porqué ? — Para probarla lo agradecido que estoy á su bondad ; » replica sereno el niño.

Suave pastoral escena que al cabo de un siglo no puede menos de conmovernos, si bien melancólicamente ; porque, en efecto, aquella Emperatriz murió contemplando con tristeza su despoblada casa, su maternal corazón solitario, su grandeza ni cabal ni segura ; aquella Archiduquesa, luego Reina, estaba predestinada á que la cuchilla del verdugo segara su hermosa cabeza que parecia entonces consagrada á cuanto la vida encierra de inocentes goces ; y el mismo extraordinario niño, en quien ya enton-

ces pudo preverse el coloso de la armonía, murió luego á los treinta y cinco años de su edad, en extrema pobreza, en profunda soledad y cansado, si no de la rápida producción de sus muchas obras maestras, si de ver en torno de sí crecer y multiplicarse al infinito los implacables odios de la ignorancia y de la envidia. Mozart dejó de ser, precisamente al terminar aquel su magnífico religioso canto que involuntariamente repite nuestro espíritu al recordar á las augustas señoras con él tan hospitalarias en Viena : su última obra fué la *Misa de Requiem*.

El *Reposo* debió ser realmente la suprema aspiracion de María Teresa ; el *Reposo*, bienaventuranza de los difuntos, como decia Lutero, enviándolos al pasar por el cementerio de Worms : y el reposo no le fué dado, en efecto, á María Teresa, mas que en la tumba.

Dichosamente para ella, nunca temió, como Catalina II, el hundirse en el seno de la nada, porque no era bastante filósofa para orar en los libros de Voltaire, ó confiar, como Federico II de Prusia, la dirección de su conciencia á Holbach y Lamettrie. Sabiendo pues que morir en Dios es renacer á eterna vida, sacudiendo las áureas pero pesadas cadenas del reinar, María Teresa, en vez de afanarse como otros Soberanos en erigir magníficos palacios que, antes acaso de acabarse, han de serles inútiles, hizo edificar con piadosa solicitud la morada de granito en que su cuerpo debía descansar hasta el fin de los siglos.

« En el panteon de Capuchinos ( nos dice Mme. Staël ), lugar de la » sepultura de los Emperadores de Alemania, oyó misa María Teresa du- » rante treinta años consecutivos, al pié del sepulcro que para sí propia » habia hecho erigir al lado del de su esposo. Tanto sufrió la ilustre María » Teresa en los primeros años de su juventud, que el piadoso sentimiento » de la inestabilidad de la vida nunca pudo borrarse de su espíritu, ni en » medio de su misma grandeza. Muchos egemplos se ven de seria y » constante devocion entre los Soberanos de la tierra : acaso porque » solamente á la muerte obedecen, su poder irresistible les parece mas » formidable que á otros. Entre nosotros y la tumba se interponen las » dificultades de la vida : mas para los Soberanos el camino es llano » hasta su fin, y este por lo mismo harto visible. »

Las fiestas nos hacen naturalmente meditar en la tumba. En todos



tiempos la poesía se complació en contrastar acercándolas esas imágenes; y la suerte es un terrible poeta que también con sobrada frecuencia las ha reunido.

El matrimonio de María Teresa, primera prueba de su fuerza de voluntad, pues que tuvo lugar mal que al Emperador le pesara, fué para el Austria un gran regocijo, tanto por ser matrimonio, cuanto porque, sin saberse porqué, se preveía que aquella unión de la cual procedieron doce Príncipes nada menos, le daba sí marido, pero no dueño y señor á la Archiduquesa. Viena, pues, se entregaba al encanto de las nupciales fiestas, cuando murió el Príncipe Eugenio, como si la Providencia hubiera diferido llamar á sí al veterano campeón del Austria, hasta el momento en que el genio de María Teresa, desenvolviéndose, iba á crearle cien mil jóvenes defensores á su patria.

Impaciente estaba María Teresa de utilizar su instinto de gobierno, cuando la línea masculina de la casa de Hapsburgo, reinante cuatro siglos hacia, se extinguió al espirar Carlos VI el 20 de Octubre de 1720 á las dos de la madrugada. En virtud de la Pragmática Sancion recayó en las sienes de la Archiduquesa la imperial corona, cuyo peso en otros tiempos hizo mas de una vez inclinar á su arbitrio la balanza de los destinos humanos. El día del fallecimiento del Emperador, María Teresa enferma, casi agonizante también, no pudo ni recibir la postrera bendición de su padre: y sin embargo el día siguiente, haciéndose superior á sus padecimientos, daba audiencia á los altos funcionarios, atendiendo solícita al desempeño de sus nuevos deberes. Firme su corazón supo así sobreponerse á las debilidades de su cuerpo enfermo; y queriendo probar desde el primer instante al Austria que podía contar con ella, comenzó demostrando en sí propia la soberanía de su voluntad.

¡Cuántos peligros y cuántos obstáculos en torno de aquella jóven Princesa de veintidos años, que la víspera aun se entregaba de lleno y sin previsiones á los gratos delirios de óperas y de máscaras! Cien mil florines era toda la suma que el tesoro imperial contenía; las tropas apenas llegaban á treinta mil hombres; y ya, según nos dice el inglés Robinson, testigo ocular, ya los ministros veían á los Turcos en Hungría, á los Húngaros en rebelión, á los Sajones en Bohemia, á los Bávares á las puertas

de Viena, y á la Francia excitándolos á todos. No se desalentó María Teresa, aunque los presagios eran funestos, pues las potencias europeas en general se mantenían en la actitud de la reserva, y á poco un enemigo inesperado se presentó á completar la desastrosa situación del imperio.

Federico II que, acabando de subir al trono, ansiaba una ocasión en que acreditar que era preciso contarle muy de veras en el número de las testas coronadas, aprovechándose del estado del Austria, invadió súbito la Silesia. Quebrantó el Monarca prusiano la fe de los tratados: mas la fortuna se puso de su parte como pronto lo demostró la batalla de Molwitz.

María Teresa, teniendo de su parte el honor, la conciencia y su genio, desechó con indignación cuantos expedientes le propuso Jorge II de Inglaterra para reconciliarla con la Prusia; y mas previsora, y con mas altas miras que sus ministros el visionario Staremberg, el inerte Koenigsekh, el intrigante Zinzendorf, y el medianísimo Harach, permaneció heroicamente en su puesto y en defensa de una causa que parecía de todo punto desesperada. No se hacía ilusiones á la verdad en cuanto á los riesgos que la amenazaban, puesto que escribía á su madre política la Duquesa de Lorena: « No sé si me quedará una ciudad para dar á luz segura el » hijo que llevo en las entrañas. » Pero al propio tiempo decidía á los Húngaros á seguir su bandera, arrastrando en pos de sí todos los corazones en la Dieta de Presburgo. Dejemos hablar al historiador de la casa de Austria, William Coxe; porque para referir las austeras bellezas de la historia, necesitase reunir, como en luminosa antorcha, todos los testimonios de la tradición:

« La Emperatriz, vestida de luto, pero á la moda húngara, llevando en las sienes la corona de San Estéban, y ceñida la espada regia, objetos ambos de gran veneración para los pueblos de Hungría, apareció súbito en medio de la asamblea; y atravesando el salón con lento magestuoso paso, subió á la tribuna desde la cual acostumbraban los Soberanos á arengar á los Estados. Después de un breve silencio, pintó el Canciller lo triste de la situación, encareciendo la necesidad de pronto auxilios; y en seguida tomó María Teresa la palabra, dirigiendo un enérgico discurso á la asamblea, en latin lengua casi vulgar en Hungría, y en la cual se redactan todos los acuerdos de la Dieta. — « El deplorable estado de nuestros ne-